



207038

Testimonios

## Encuentro con Salvador Reyes

Por LEÓN OCQUÉTEAUX

Hace ya más de veinte años celebré mi primer encuentro con la obra de Salvador Reyes. Leía por ese entonces, allá en la aldea, su libro de relatos: "Lo que el tiempo deja" que había llegado a mis manos conseguido casi por azar en una librería de viejo en la capital de la frontera. Tanto me entusiasmó la lectura de este libro que ciertas pasajes los recitaba en alta voz, en un bosque cercano, tratando de aprehender de memoria ante la conternada mirada de la gente del lugar: "Derrente muchos años aquella parte de la casa estuvié en ruina. La maleza creció al pie de los muros, las escudadoras parásitas penetraron por las ventanitas y los techos desplomados. Eran galpones y bodegas entornas, donde al mediodía del verano zumbaba como un moscardón perezoso", "Las planchas de zinc y las maderas sueltas en los tejados rechinaban ligubrememente al menor soplo del viento".

Así me inició en el conocimiento y la admiración del novelista y poeta del mar. Posteriores lecturas de Antologías de la poesía chilena me señalaron su condición de poeta, que yo admiraba a través de las características de su prosa.

1923, año de convulsión artística en nuestra patria y en el mundo, Pablo de Rokha publica "Los gemidos", llamado a hechos y relámpagos de genio, Pablo Neruda debuta para la posteridad con su "pálido libro terrestre de los días crepusculares", y Salvador Reyes hace aparecer en las vitrinas de la Editorial Nascimento "Barco ebrio", libro precursor para la época, en el que más que en ninguno se logra una auténtica atmósfera marítima. Tengo en mis manos esta primera y legendaria edición, preciado regalo del querido poeta del norte Andrés Sabella, quien me la obsequió precisamente el día de la muerte del escritor, en cuyo homenaje buscamos su sombra cerca del antiguo maldición de Antofagasta —desaparecido casi a un tiempo con él—, y recorrimos la calle de los Cónsules, escenario de su cuento Las banderas del puerto, y el Club de Yates, en

donde más de una vez habíamos brindado por él junto a sus amigos. Toda esta pequeña andadura era casi en silencio, mientras nos sacudía fímbres del viento de la costa, mensajero del recién llegado otoño marítimo.

Lejos estaba, en verdad, de pensar que algún día sería su amigo. Vagas noticias llegadas al sur nos hablaban de "sus partidas verificadas lejos" por diversos lugares del mundo en donde se desempeñaba como diplomático: Grecia, Francia, España, Haití, fascinante y mágica. Sobre todo, París era de sus amores. Allí tuvo la suerte de frecuentar a sus grandes admiraciones literarias como Blaise Cendrars, León-Paul Fargue, Jean Cocteau, Pierre Mc Orlean, y también a don Pio Baroja, a quien más de una vez llama su maestro, y de quien se ha dicho aprendió su escepticismo frente a la vida y a la condición humana. Y de tantos otros escritores, de los cuales nos deja inolvidables estampas en sus libros de memorias, principalmente en "Retrosos sin máscaras", "Amistad francesa" y "Peregrinaje literario en Francia".

La oportunidad de conocerlo llegó. Y fue mi amigo Martín Cerdá quien le habló de mi entusiasmo y admiración por su obra, y con él cual me invitó a saludarlo a su oficina del Ministerio de Relaciones Exteriores. Así aparecí, no sin cierto temor, ya que algunos de los conocidos me lo retrataban como un ser desencantado y poco accesible. Fue un día 14 de julio de 1968. Llevaba un ejemplar de su libro "Las marcas del Sur" para que me lo autografiara. No sé si fue el hecho de hablar de Francia y andar en esos momentos leyendo una obra de Francis Carco lo que me abrió las puertas de su amistad. "Al joven poeta y viejo amigo, estos poemas con la viva súplica del autor", ¡Viva Francia! Condena estas palabras en la primera página de ese amarillento ejemplar, que desde ese día incrementa la escasa lista de los libros que me acompañan siempre.

Desde esa época tuve la ocasión de frecuentarlo casi a diario, ya fuese en su

oficina, ya fuese en su casa, de calle Mosquito, cerca del Parque Forestal. Me contaba sin egotismo sus comienzos literarios, su admiración por Augusto D'Halmar, y por el poeta lituano Lubica Milner, cuyos poemas había sacado en varios ejemplares a máquina, uno de los cuales obsequiara a Jacobo Dónice, en quien siempre veía a un gran escritor. Toda la vida literaria y artística, de esos años y de la revista "Letras" que él fundara, desfilaba de una manera fascinante a través de su charla, salpicada de anécdotas y del más fino humor.

Posteriormente, mi azar aventurero y mi sed de viajes me llevaron a Ecuador "ese paraiso aludido en la mitad del mundo". Me recordo que en ese país tenía varios amigos, como Gil Gilbert, autor de "Nuestro Pan" y "Yanga", verdaderos ejemplos de literatura criollista, Humberto Salvador, Benjamín Carrión, y en especial, de un autor mulato, de quien había olvidado el nombre, pero para quien había logrado que se tradujese al francés su novela JUYUNGO (historia de una isla, un negro y otros negros) se trataba de Adalberto Ortiz, con quien me entrevisté a mi llegada a Guayaquil, y lo primero que me preguntó el novelista fue el actual paradero de su amigo Salvador Reyes, para quien tenía, desde hacía largos años, una deuda de gratitud y al que no había logrado ubicar desde aquel entonces. Jamás supimos si Salvador Reyes recibió una extensa carta que le escribimos, y que le enviamos por valija diplomática, junto con la última obra del escritor ecuatoriano, ya que nunca nos acordó recibir, pase a ser un burro irresponsable.

Otro recuerdo, entre tantos, fue la inolvidable cena íntima, y al más puro estilo francés, con que me despidió la noche anterior en su nueva casa de calle Napoleón 2391, Las Lilas, sobre todo que ésta fue nuestro último encuentro. Ante la mirada cómplice y condescendiente de su bella e inteligente esposa francesa, me hacía confidencias de sus conversaciones con Cendrars y Baroja, en las que campear

ba a menudo el absurdo de ciertas situaciones y el más sano humorismo. Eran en verdad, sus fantasmas más queridos, y yo a través de esa charla, pude conocer en su rincón a esos maestros con todas sus grandezas y miserias.

Ahora, y cada vez que leo sus libros o pienso en su muerte, advino que hubo algo de magia y premonición, cuando al despedirme en la puerta del jardín, y mientras le colocaba galantemente el abrigo a mi novia de entonces, le recité unos versos suyos, que yo creía por él olvidados: "Quizás no somos sino un pozo de sombra entre la sombra que crece en el jardín". Del poema "Juventud", de mi libro "Las mareas del Sur", me replicó con prontitud, mientras yo desviaba la vista para no divisar acaso la sombra triste que ocultaban sus palabras.

Su actitud humana estaba siempre más allá de su oficio y condición de escritor y prefería, antes del contacto con sus colegas de letras, la amistad con cateadores, vagabundos, aventureros, buzos, cazadores de ballenas y mástros. Cada vez me mostró, con alboros casi infantil, un libro editado por un "cap horner", el cual se lo había dedicado junto con una fotografía, como señal de amistad.

Otra de sus debilidades era la Hermandad de la Costa. Junto a ellos, volvía a ser el grande confidente de "El último pirata", y el moribundo solador, que acordó en el atardecer frente a una ventisca abierta a las gaviotas y al mar de Talita, leía a Salgari, Stevenson, Walter Scott, leyendo como león de fondo para sus imaginarias predicas la quijada de una ballena y el emblema de la calavera y las tibias cruzadas.

Yo he querido trazar en estas líneas desordenadas sólo una pequeña y emotiva estampa humana, y mis impresiones acerca de uno de los grandes escritores de América, y testigo presencial y abocado del tiempo de los pioneros, del esplendor de Antofagasta y de esa época cosmopolita en donde el salitre grababa sus iniciales.

## Encuentro con Salvador Reyes [artículo] León Ocqueteaux.

Libros y documentos

### AUTORÍA

Ocqueteaux, León

### FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Encuentro con Salvador Reyes [artículo] León Ocqueteaux.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile